



De "LA COMIDA DE LAS FIERAS" A DOÑA INÉS ENJAULADA

POR AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

ALBOREABA el siglo que padecemos, cuando España entera se conmovió ante un acontecimiento de índole teatral. D. José Echegaray, autor insigne que venía sosteniendo la atención del público hacia la escena durante treinta años, obtuvo el Premio Nobel; esto sirvió de ocasión a un homenaje magnífico, al que se sumaron todos los españoles, empezando por D. Alfonso XIII, que impuso al dramaturgo las insignias del galardón obtenido, en sesión memorable celebrada en el Senado. Con este broche de oro se cerró la obra teatral de Echegaray, que no quiso exponerse a perder en nuevas actuaciones sus bien ganados laureles. Tras él se fueron los que seguían su «manera»: Eugenio Sellés, Leopoldo Cano, Valentín Gómez, y el mismo Joaquín Dicenta, que desde el éxito apoteósico de *Juan José* no hizo nada equiparable. Ya había desaparecido el plantel de intérpretes briosos, adecuados a aquel Teatro postromántico: Rafael y Ricardo Calvo, Antonio Vico... Quedaba en plena pujanza la gran María Guerrero, que acaparó, desde *Mariana*, la última etapa de Echegaray, ya en decadencia.

Empujaban al gran dramaturgo los «nuevos moldes», manejados por Jacinto Benavente y los hermanos Álvarez Quintero, que no iban contra él, sino contra su procedimiento, ya anticuado: en vez de truculencias, suavidad; diálogo fino y chispeante en sustitución de las situaciones violentas. Los Quintero se defendían a fuerza de ingenio, y ayudados por la música en sus primeros intentos; pero el público de alta comedia, mostrábase desconcertado ante las obras de Benavente: éxitos clamorosos en el estreno, y después, el teatro vacío. Tuvo entonces D. Jacinto una frase de las suyas: «Yo no hago comedias para el público; quiero hacer un público para mis comedias». Y en verdad que lo consiguió plenamente. Más que un prestigio español, es una gloria mundial; rebasó los ámbitos de la patria para incorporarse al grupo de los elegidos entre los mejores. Con sus ochenta y cuatro años cumplidos, sigue estrenando comedias que tienen frescor juvenil, sin que se advierta en él ni sombra de desmayo. Hubo un momento en que se quiso establecer pugilato entre él y los Quintero, por este afán tan español de crear banderías en todos los órdenes. Pronto se vio que el parangón no era posible. Benavente volaba mucho más alto que los famosos autores andaluces, cuya labor no queda empuñada por eso. *Los Galeotes*, *Las flores*, *El patio*, son obras meritorias; pero no tienen la hondura de *La noche del sábado*, *Lo cursi*, *El hijo de Polichineta* y tantas más del copioso catálogo benaventino.

Manuel Linares Rivas alternó con ellos dignamente. Hubiera sido político, como su

padre, D. Aureliano; una sordera pertinaz le alejó de aquel ambiente, empujándole al Teatro, donde obtuvo éxitos muy lisonjeros: *Cobardías*, *La mala ley*, *La fuerza del mal*, etc.

Benito Pérez Galdós, glorioso novelista, cuya ciclópea producción supera en cantidad y calidad a la de Balzac y Dickens, quiso probar fortuna en el teatro y logró triunfos considerables, aunque inferiores a los de su labor libresco: *La loca de la casa*, *La de San Quintín*, *Realidad*, *El abuelo*. Su mayor éxito, *Electra*, fué puramente circunstancial, y deleznable por la índole tendenciosa de la obra.

Gregorio Martínez Sierra destacó su personalidad con *Canción de cuna*, *Primavera en otoño*, *Amanecer*, *El reino de Dios*, etc. La delicadeza de su producción revelaba un temperamento de fina sensibilidad, casi femenina. Por fin se supo que detrás de él estaba su esposa, María Lejarraga, verdadera autora de las obras que firmaba el marido. Separados por razones que no son del caso, Martínez Sierra dejó de producir. Ahora se anuncia una comedia de María Lejarraga, que necesita acreditar su firma, al no poder utilizar la que antes usó, por muerte de Gregorio.

El Teatro poético, adquiere bríos con Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y Fernández Ardavín, cuyos versos, en labios de María Guerrero, lograron grandes triunfos ante los públicos de América latina.

Pero Muñoz Seca, hombre de teatro prodigioso, que supo abordar todos los géneros, triunfó con preferencia en obras cómicas, como *La venganza de Don Mendo*, graciosísima parodia de los dramas románticos. Murió asesinado por los rojos en 1937.

Carlos Arniches, que empezó estrenando juguetes cómico-líricos sin pretensiones, supo remontarse por su habilidad teatral. Su obra se resiente de chabacana: *Es mi hombre*, *El santo de la Isidra*, etc. Colaboró mucho con el ingenioso Enrique García Álvarez, y también con Antonio Paso, que sigue produciendo con fortuna. Felipe Sassone, con *¡Calla, corazón!*, y Francisco Serrano Anguita, con *Manos de plata*, tienen su bien ganada ejecutoria.

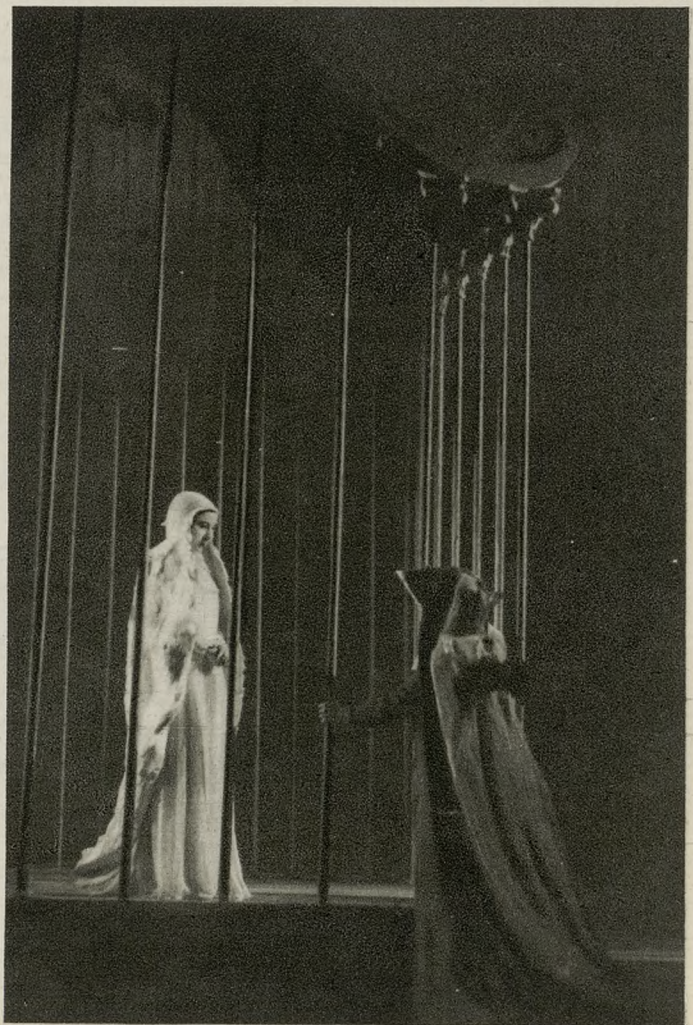
A la última hornada pertenece José María Pemán, que disfruta de brillantísima hoja de servicios en el mundo de Talía. Ya ventajosamente conocido como poeta lírico, cuentista y orador, al estrenar su primera obra escénica, *El divino impaciente*, asombró a todos por su rotundo conocimiento de los resortes teatrales. Después ha producido mucho, sin decaer, que ya es mérito, habida cuenta de las virtudes de aquella producción señera.

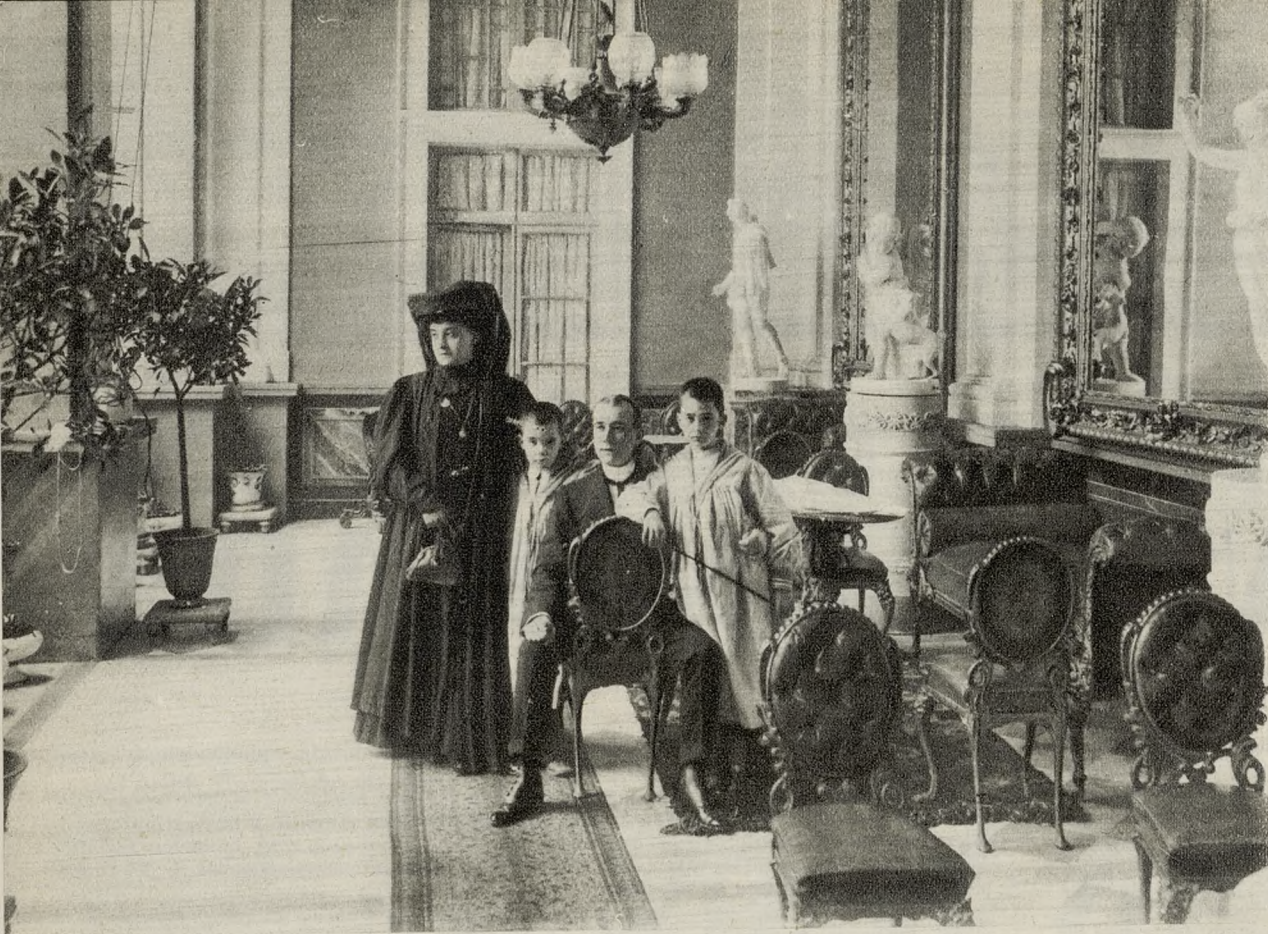
Juan Ignacio Luca de Tena, que alterna su producción teatral con actividades periodis-

«La comida de las fieras», era algo antes de 1900. Con el novel autor, revelado con «El nido ajeno», don Jacinto Benavente, dos actores eminentes: Carmen Cobeña y Emilio Thuiller. Benavente, autor de teatro, llegará a Premio Nobel. Antes, en 1905, ganará el Premio Nobel otro autor teatral español, don José de Echegaray, a quien Alfonso XIII le impondrá personalmente una condecoración, en solemne sesión celebrada en el Senado. Don José Echegaray era, además, político y eminente matemático.



«Doña Inés», blanca paloma, enjaulada por Salvador Dalí en 1950. La «foto» corresponde a la representación del drama de Zorrilla «Don Juan Tenorio», en el Teatro María Guerrero, de Madrid, en noviembre de este año, con decorados, vestuario y ambientación originales de Dalí.





Dos actores llenan parte de este medio siglo teatral: Doña María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza con sus hijos. La «foto», hecha en México en 1900. Aquellos días escribió Amado Nervo: «Incrustar con suave y serena mano de reina en nuestros cerebros la convicción de la vieja grandeza de España... magna tarea es, señora, y por ello merecís mucho de los vuestros y de los extraños».



No debe decirse que fué la gran rival. Digase que Rosario Pino, magnífica de estilo, de belleza, de atuendo y de ambiente en esta fotografía, fué siempre, en efecto, una actriz española magnífica, excepcional.

ticas y diplomáticas, ha logrado colocarse en primera línea con una labor no muy numerosa, pero selecta, de la que forman parte *Las canas de Don Juan*, *La última escena*, *Dos mujeres a las 9*, etc. Joaquín Calvo Sotelo, con *Plaza de Oriente* y *La visita que no llamó al timbre*, consiguió merecidos plácemes de público y crítica. Víctor Ruiz Iriarte desconcierta al espectador con un teatro en el que suelen quedar desplazadas la acción y el interés. Ejemplo: *El landó de seis caballos*. Enrique Jardiel Poncela tiene personalidad como autor cómico; pero su labor peca de monótona. La comicidad de Adolfo Torrado es más espontánea, aunque menos personal.

El Ayuntamiento de Madrid ha reanudado el Premio Lope de Vega, al cual debe su renombre el novel Antonio Bueno Vallejo, autor de la *Historia de una escalera*, que se hizo centenaria en el Teatro Español; sin negarle sus méritos, es una obra negra, amarga, pesimista, que rezuma influencia rusa—Gorki, Dostoyewski—y deprime el ánimo del espectador. Afortunadamente, la vida no es así, y no hay por qué pintarla con tan negros colores.

De la pléyade de artistas intérpretes de tan vasta producción, mencionemos a los desaparecidos más ilustres dentro del siglo xx: la gran María Guerrero, que pisó las tablas hasta pocas horas antes de morir; Rosario Pino, fina actriz de comedia; Loreto Prado, cuyos grandes méritos se circunscriben a un género populachero; Emilio Thuillier, gran actor y perfecto caballero; Fernando Díaz de Mendoza, excelente director de escena...

Entre los que existen, descuellan Mercedes Prendes, Elvira Noriega, Aurora Bautista; Enrique Borrás, cuya vejez gloriosa no le aparta de la escena; Guillermo Marín, continuador de la brillante escuela declamatoria de su suegro Ricardo Calvo.

Surgen en la primera mitad del siglo varios teatros: Fontalba, Infanta Isabel, Infanta Beatriz, Progreso, Gran Vía, Lope de Vega, Chueca, Pavón... y desaparecen otros, entre los que merece recordarse con preferencia Apolo. Era una bellísima sala de espectáculos que no debió sucumbir a impulsos de la piqueta demoledora, porque su historial glorioso merecía respeto perdurable. Fué llamado «Catedral del género chico», porque en su escena se estrenaron las obras cumbres de aquella modalidad tan interesante, tan española, en la que brillan músicos de la talla de Chapi, Caballero, Giménez, Nieto, Vives, José Serrano, Quinto Valverde, Guerrero, Pablo Luna y otros. (Paco Alonso y Federico Moreno Torroba casi no estrenaron en Apolo, pero su nombre no debe excluirse de este resumen cinematográfico.)

El Teatro Apolo estaba alejado del centro en la época de su inauguración, y tardó trece años en acreditarse, lográndolo gracias a Federico Chueca, que acababa de estrenar *La Gran Vía* con éxito de apoteosis en el Teatro Felipe, y pasó con todos los honores al desacreditado coliseo de la calle de Alcalá. El público lo llenó para oír la música garbosa de Chueca, que refrendó su triunfo con *Cádiz*, otro exitazo que llenó Apolo infinidad de noches. Chueca debió ser, por tanto, una institución en aquel teatro, que le debía la prosperidad. Años más tarde, entra un día Vicente Carrión, representante de la Empresa, al despacho del Director, anunciando la visita del músico madrileño, portador de nueva partitura. El empresario, Enrique Arregui, se lleva las manos a la cabeza:

—¡No quiero ver a ese hombre! ¡Está chocheando! ¡Traerá algún latazo! ¡Que se vaya! Carrión suaviza en lo posible la repulsa; pero Chueca comprende, y con la consiguiente

amargura lleva la obra al Teatro Lara, donde obtuvo éxito excelente, aunque menos eficaz que el que hubiera logrado en Apolo. Tratábase de *Las mocitas del barrio*, cuya lindísima partitura fué la última que estrenó el famoso compositor madrileño.

Apolo tuvo famoso saloncillo, al que concurrían los ingenios de la época: Ricardo de la Vega, López Silva, Arniches, Javier de Burgos, los Quintero, Sinesio Delgado, fundador de la Sociedad de Autores, con el maestro Chapi.

El género chico era una escuela de Teatro en todos sus aspectos, donde se cultivaba desde el juguete cómico al drama, pasando por el sainete y la comedia lírica. Por eso, en él se formaron, y de Apolo salieron varias magníficas actrices: las hermanas Irene y Leocadia Alba, formidables características; María Palou y Lola Membrives, que aún sostienen el pabellón de sus triunfos sobre la escena.

Las tiples de Apolo electrizaron al público, aunque hoy, al contemplar su efigie en las viejas revistas ilustradas nos parecen elefantíacas: Luisa Campos en *El monaguillo*; Joaquina Pino, hermosa creadora de *La Czarina*; Isabel Brú, insuperable *Revoltosa*; Rosario Soler, de lo más castizo que ha pisado las tablas; Rosario Leonís; Elena Salvador, bellísima mujer, que no resignándose con la vejez, vive sus últimos años encerrada y a oscuras, sin ver a nadie ni dejarse ver, como hizo la Condesa Castiglione, otra belleza célebre.

De intento queda como epílogo el Teatro Real, de cuya solemne inauguración se cumple el primer centenario el 19 de noviembre de este año 1950. El hermoso coliseo, uno de los más prestigiosos del mundo, sigue cerrado desde 1925, y, lo que es peor, desmantelado, sin esperanzas de próxima reanudación de unas obras largas, costosísimas, que habrían de prolongarse indefinidamente... En él actuaron los mejores artistas líricos, que tenían al público madrileño por su pericia, y estimaban su aplauso como el de máxima consagración: Tamboreslick, gran entusiasta de España; Adelina Patti, madrileña por casualidad; Julián Gayarre, que no tuvo rival en el mundo, y murió de pena por haber rozado una nota. En lo que va de siglo, el Teatro Real se engalanó para oír a las españolas Matilde de Lerma, Paretto y Barrientos; Miguel Fleta, que obtuvo aquí sus mayores triunfos; Rosina Sotrichio, insuperable en *Manón* y *Butterfly*; María Kousnezoff, hermosa rusa que trajo a Madrid, como un trofeo, José Lassalle, cuando vino a dirigir *Passiflor*; Titta Ruffo, que entusiasmaba en *Hamlet* y *Rigoletto*; Anselmi, tan eramorado de Madrid, que nos legó su corazón, cuidadosamente conservado en el Museo del Teatro.

Los bailes rusos dieron una brillante nota de color en la escena del regio coliseo, dirigidos por Sergio Diaghilev, y con artistas como la Lopukowa, la Tchernicheva, y el prodigioso Nijinski, con su famoso triple salto, que le permitía elevarse en el aire como si por dos veces cobrase impulso apoyándose en un punto ilusorio.

Las noches del Real en el famoso turno 2.º eran algo maravilloso que no será posible volver a admirar. El espectáculo, con ser interesante, quedaba anulado por el aspecto de la sala, donde congregábase la espuma de aquel Madrid majestuoso, tan señor, eclipsado y oscurecido por este de ahora.

En 1925 se dijo que el Teatro Real amenazaba ruina, tal vez sin motivo. Sobrevino el inevitable cerrojazo. Y Madrid, que siempre fué la población mejor abastecida de lirismo, se quedó sin ópera. Las pocas que oímos, esporádicamente y a precios elevadísimos, son como parodias deleznable, inferiores a las que cantaban en los Jardines del Buen Retiro por una módica peseta. ¡Tiempos aquéllos! Ya no volverán...



Don Eduardo Marquina, el gran autor dramático en verso —otro de los hombres que gozaron de más nombradía teatral en el medio siglo—, gustaba, como Benavente, de intervenir en sus obras en días señalados. Aquí aparece interpretando un papel de «El monje blanco», una de sus obras de mayor éxito.



Horas de saloncillos. Aquí, se ve el del Teatro Lara, de Madrid. Y en él, doña María Guerrero de tertulia con el principal de sus autores, don Jacinto Benavente.



En la aludida representación del «Don Juan Tenorio» daliniano, el famoso pintor español no se limitó a enjaular a «Doña Inés». Su iconoclasta llega a situar la famosa escena del sofá en una góndola, con un ancho Guadalquivir de fondo.